

EN PUNTO

casos referidos a «espionaje o sabotaje de agentes del enemigo», no cuadra con la imagen de Martin Luther King; cuadra aún menos con la de Robert Kennedy que fuese éste quien, al final de una cadena de escuchas, vigilase las conversaciones del dirigente de la lucha por los derechos civiles. Altos funcionarios de Justicia, que trabajan con Robert Kennedy y continuaron después de él en el Ministerio, niegan este aserto y aseguran que las peticiones de Hoover para registrar tales conversaciones fueron repetidamente denegadas. El FBI explica que este trabajo de escucha fue iniciado hace treinta años por orden del presidente Roosevelt.

Existe una fuerte campaña para que J. Edgar Hoover dimita de su puesto de director del FBI, en el que lleva cuarenta y cinco años. Precisamente este largo período se esgrime como una razón para que dimita: un hombre que, desde hace casi medio siglo, espía concienzudamente a los demás, con todos los medios técnicos y humanos puestos a su alcance, conoce tantos secretos políticos que es exageradamente peligroso. «En muchos aspectos —escribe el «Washington Post»— ha servido al pueblo de los Estados Unidos con habilidad, y merece su gratitud. Pero hace ya mucho tiempo que debía haber ofrecido su dimisión. Nadie dejará de reconocer la impropiidad y el peligro que representa el que quien ha transcurrido cuarenta y cinco años como dirigente de una organización de investigación de secretos mantenga un cargo tan poderoso y tan cargado, en el que puede hacerse peligrar a personas libres». J. Edgar Hoover se hizo cargo del FBI en 1924, cuando tenía veintinueve años (tiene ahora setenta y cuatro). Hoover le dio un tono austero y casi monacal: soltero, casto y abstemio,



HOOPER, MEDIO SIGLO ESPIANDO.

vigila cuidadosamente la vida privada de sus hombres, que no responden a la imagen frívolo-dramática que ha hecho de ellos la literatura popular, sino que están imbuidos de un sentido de misión moral. El FBI consta de unos quince mil agentes, de más de un metro setenta de estatura, licenciados en Derecho y sometidos a un entrenamiento especial que comienza con el psicoanálisis y termina con el manejo de las armas. Se adiestran en la base de «marines» de Quantico (Virginia). Teóricamente su misión es la de perseguir la infracción de leyes federales: han intervenido contra los gangsters, contra los agentes nazis y contra los comunistas americanos. Presumen de la capacidad técnica de sus laboratorios. Se dice que sus ordenadores electrónicos pueden identificar unas huellas dactilares en cuestión de segundos entre los 180 millones que forman su archivo (población total de Estados Unidos, 200 millones de habitantes). El nombre popular de G-men con el que se les conoce significa «hombres del Gobierno».

EL ALCALDE LINDSAY

¿Devorado por su ciudad?

Le llamaban el Kennedy republicano. John Lindsay, alcalde de Nueva York, el más aclamado después de Richard Nixon y Barry Goldwater en la Convención de Miami del pasado agosto, acaba de sufrir a los cuarenta y siete años su primera derrota. Derrotado en las elecciones primarias, no podrá solicitar en diciembre un nuevo mandato en nombre del partido republicano. No obstante, sigue en la brecha como liberal —antes se presentaba bajo las dos etiquetas—, pero el desaire que acaba de infligirle su partido pone en serio peligro sus oportunidades de éxito y, en consecuencia, sus esperanzas de acceder un día a la Casa Blanca.

Su vencedor, John Marchi, es un oscuro senador del Estado de Nueva York y nadie le reconoce talento alguno, pero es conservador, mientras que Lindsay ha irritado a muchos electores por su liberalismo.

Idealista, hombre de principios, el alcalde de Nueva York ha tenido, en efecto, la ambición de mejorar en su ciudad la suerte de los más miserables y, naturalmente, la de los negros.

Lindsay es también el hombre que ha devuelto Central Park a los enamorados y a los paseantes domingeros. Este inmenso espacio verde se

tan a Nueva York. La gestión de Lindsay ha sido marcada por desastrosas huelgas de los servicios públicos, que no le han sido perdonadas. La primera, una huelga de los transportes, paralizó la ciudad durante doce días. En enero de 1968, una huelga de basureros cubrió las aceras de inmundicias y provocó un grave conflicto entre Lindsay y Rockefeller, que le acusaba de incompetencia.

Pero la huelga más dramática fue la de los maestros, durante la que aparecieron las pancartas y los «badges» en los que se leía «Dump, Lindsay» («Lindsay, fuera»). Marcada de antisemitismo, privó a Lindsay no sólo del apoyo, ya dudoso, de la clase media blanca, sino también del de la poderosa comunidad judía de Nueva York.

Finalmente, en febrero, Nueva York sufrió una espantosa tempestad de nieve, cuyos efectos catastróficos fueron mal combatidos por los servicios municipales; esta vez quedó claro que Nueva York había devorado a su dueño. En abril, el viejo adversario de Lindsay, el demócrata Robert Wagner, que ni siquiera se había atrevido a presentarse contra él, en 1965, a su regreso de España, donde fue embajador, contraatacaba. Pero Wagner, lo mismo que Lindsay, lo mismo también que Norman Mailer, ha sido



había convertido en un lugar de tan mala fama que nadie se atrevía a aventurarse en él a partir de la caída de la tarde. Al crear el empleo de «comisario de parques», Lindsay ha devuelto su «Park» a los neoyorquinos, ha organizado en él juegos, bailes, concursos. Gracias a él se ha abierto en el parque un café que siempre está lleno.

Pero el pan y los juegos no le bas-

arrastrado por la ola conservadora que barre los Estados Unidos. En Los Angeles reeligieron, después de su campaña con los temas más racistas y reaccionarios, a Sam Yorty, que ya era alcalde en la época del gran levantamiento negro de Watts. Y Minneapolis eligió como alcalde a un policía que declara que Dios es su principal consejero. ¿Será también víctima Nueva York del gran miedo de América?

ENSEÑANZA

El modelo sueco

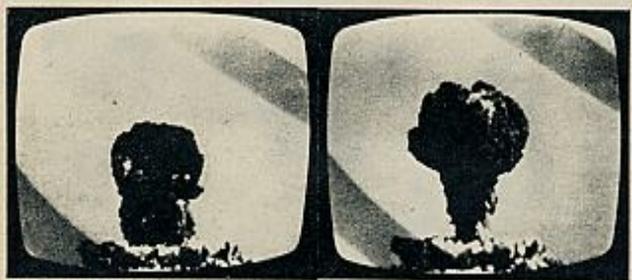
En Suecia las reformas no se hacen a la ligera. La escolar exigirá veinte años: doce de experimentación pedagógica (1950-1962), diez (1962-1972) para poner en marcha la escuela reformada a medida que se forma el personal y se levanta la infraestructura necesaria. En los departamentos, como Kalmar, donde se ha llevado a cabo la reforma, la escuela sueca resulta única en el mundo. La escuela de base (el período común) dura nueve años: de los siete a los dieciséis años. La especialización comienza tarde, a los catorce años, y muy restringida: de treinta y cinco horas de clase sólo cinco se dedican a la materia optativa.

No existen prácticamente fracasos es-

colares. Los chicos que no consiguen seguir el ritmo general son enviados a clases reducidas («clínicas») que llevan profesores muy bien formados en psicología y pedagogía.

No existen exámenes al modo tradicional, como tampoco castigos o vigilancia. «La presión es ineficaz y peligrosa. Se empieza por castigar en clase y se termina por construir prisiones y campos de concentración».

La educación activa y la pedagogía sustituyen la memorización abstracta y muerta: en vez de comenzar por el saber libresco, la enseñanza parte de la realidad viva, capaz de interesar a los alumnos, que exige una participación al alumno.



LA EXPLOSION NUCLEAR DE SINKIANG, EN JULIO DE 1967.

CHINA MILITAR EN 1970

«Sunday Times» acaba de publicar el relato del viaje del periodista australiano Francis James a China, donde ha visitado las instalaciones nucleares.

Según declaraciones de los físicos chinos al señor James, el programa atómico militar chino no sólo no ha sido frenado por la revolución cultural, sino que ha avanzado de forma gigantesca. He aquí, en resumen, lo que le dijeron los físicos que trabajan en la región de Lanchow (el gran centro atómico chino):

1. El país puede producir anualmente varios centenares de bombas A, pero todos los esfuerzos se han concentrado en la producción de materiales termonucleares (destinados a la bomba H).

2. China posee actualmente al norte de Lanchow, en la región de las montañas de Ala Shan, una fábrica de ultracentrifugación en la que se realiza la separación continua, rápida y barata de los isótopos del uranio (procedimiento que sueñan hoy por hoy los occidentales).

3. Que actualmente están construyendo un cohete intercontinental con cabeza nuclear capaz de recorrer 10.000 kilómetros, que será ensayado en breve.

(Ver reportaje sobre China en páginas 20 a 23.)